

Del psicoanálisis como clínica del escrito: la insostenible primacía del registro simbólico.

Raymundo Rangel Guzmán
Mario Orozco Guzmán
Facultad de Psicología – UMSNH

El retorno a Freud de Jacques Lacan tiene diversas aristas, y una de ellas tiene que ver con la introducción en el campo del psicoanálisis de la reflexión sobre la función del lenguaje, dentro de la cual ocupa un lugar indiscutible la dimensión de la escritura. Proponiendo los tres registros — Real, Simbólico e Imaginario— para describir la organización de la realidad humana, Lacan ocupó gran parte de su enseñanza situando la experiencia analítica con respecto a ellos, profundizando y dando su peso específico a cada uno en periodos distintos de su seminario. La función de la escritura encuentra en Lacan, de manera explícita, su vínculo definitivo con la clínica diferenciando aquello que pertenece al orden del significante y lo que remite a su precipitación en lo real, es decir, la letra.

Hace ya algunos años Jean Allouch, tomado por esta iniciativa y siguiendo de cerca a Lacan, publicó un trabajo por demás interesante, el cual nos lleva a concebir el psicoanálisis como una *clínica del escrito*; esta concepción coloca al analista como aquél que debe posibilitar la operación de *transliteración* de las formaciones del inconsciente:

La transliteración es el nombre de esta manera de leer que promueve el psicoanálisis con la preeminencia de lo textual; ella es esta preeminencia misma, la designa, la especifica, y la da por lo que ella es, a saber, una operación (Allouch 2000, p. 69).

La aproximación a esta preponderancia de lo textual en lo inconsciente se logra vía la propia sonoridad que sugiere su lectura, es decir, la transliteración es una operación de reescritura *letra por letra*, que se apuntala particularmente en la homofonía:

La transliteración es el nombre de esta operación en que lo que se escribe, pasa de una manera de escribir a otra manera. Mientras la transcripción apunta a la asonancia, la transliteración escribe la homofonía, que resulta así, a despecho de su nombre, un concepto ligado a la escritura, pues sólo la escritura establece la puesta en correspondencia de elementos de discriminación vecinos (Allouch 2000, p. 74).

Ahora bien, para que la transliteración sea lo que define al psicoanálisis como una clínica del escrito, esta operación debe tomar como punto de partida especialmente un modelo de escritura fonológica, es decir,

producto de la precipitación del discurso hablado, tal como Lacan concibe a la letra. Creemos que esto tiene ciertas consecuencias que conviene revisar. No está necesariamente a discusión la importancia fundamental que tiene la palabra en el análisis, sino que más bien, creemos necesario introducir ciertas preguntas en relación a lo que implica para esta práctica, concebida como una clínica del escrito, tomar como cimiento la escritura fonológica y la escritura en un sentido más amplio, o incluso, totalmente distinto.

El hecho de que, al aproximarnos al tema de la escritura, suela aparecer en primer plano la escritura fonológica, radica en que efectivamente esta forma se ha mostrado como una de las más ricas en posibilidades en la historia de la humanidad; aún así, Todorov pone de relieve cierto logocentrismo occidental en el hecho de considerar a la escritura fonológica como paradigma de la escritura en general, dejando de lado toda una serie de elementos que permanecen, incluso hoy en día, en los mismos alfabetos occidentales:

Los alfabetos occidentales no son, como suele creerse, enteramente fonéticos: una misma letra designa varios sonidos, y un mismo sonido es designado por varias letras; algunos elementos fónicos (por ejemplo, la entonación) no tienen equivalente gráfico; algunos elementos gráficos (por ejemplo, la coma) no tienen equivalente fónico; algunos signos gráficos (como las cifras) funcionan a la manera de jeroglíficos... (Todorov 2003, p. 232).

En este mismo sentido, Carlo Ginzburg relaciona esta tendencia con el hecho de que el texto moderno es resultado de dos momentos históricos: la consolidación de *la crítica textual como disciplina*, de la *filología* más propiamente, a partir del siglo III d. C., y *la invención de la imprenta* en 1449. En el primer caso, todos los elementos ligados a la oralidad y a la gestualidad, y posteriormente los relacionados con el carácter físico de la escritura, empezaron a considerarse como no pertenecientes al texto. Posteriormente la imprenta contribuyó con otro tanto de lo mismo, haciendo de la escritura un ente absolutamente abstracto, reproducible en serie. Ginzburg nos señala las consecuencias:

El resultado de esta doble operación ha sido la progresiva desmaterialización del texto, poco a poco depurado de toda referencia sensible: si bien un soporte sensible es necesario para que el texto sobreviva, el texto no se identifica con su soporte. Todo esto nos parece obvio hoy en día pero no lo es en absoluto. Basta pensar en función decisiva de la entonación en las literaturas orales, o de la caligrafía en la poesía china, para darse cuenta de que la noción de texto que hemos referido está ligada a una elección cultural de alcances incalculables (Ginzburg 2004, p. 87).

El peligro que queremos señalar es que una clínica del escrito que toma como modelo el texto moderno, abstracto y depurado de toda referencia

sensible, puede llevar a hacer lo mismo con el analizante: convertirlo en un texto depurado, sin gestos ni tonalidades de voz, sin olores ni vestimentas, sin una *caligrafía* propia; al mismo tiempo, el analista, protegido por el diván de todo indicio imaginario, quedaría reducido a una mera función de escansión y puntuación; en otras palabras, transformado en una *máquina de transliterar* –veremos en qué sentido. Creemos que esta no es la propuesta de Freud y como muestra, baste la lectura que éste hace del rostro de su paciente en el caso del *Hombre de las Ratas*. Tampoco lo sería para Lacan (si bien no negamos que tal lectura es posible, eso sí, una muy apresurada); son conocidos los testimonios de aquellos que se analizaban con él para dar cuenta de que sus intervenciones distaban mucho de ser ejercicios de transliteración.

¿Por qué, entonces, se tendría que proponer una lectura “letra por letra” y fundamentada en la operación de transliteración para dar cuenta de la experiencia del análisis? ¿Por qué no considerar las formaciones del inconsciente a partir de un concepto de escritura menos atado a la dimensión fonológica del discurso? Las consecuencias de para la escucha analítica de no considerar esta interrogantes no son pocas; una de ellas, por ejemplo, sería la tendencia a colocar en primer plano al registro simbólico. Si aunamos al factor anterior una lectura de la enseñanza de Lacan demasiado rápida y capturada por un febril entusiasmo lingüístico, obtenemos un psicoanálisis más cercano al análisis del discurso y la filología que a una vía para la interrogación del deseo.

Si esto pareciera de poca importancia, es decir, el convertir la práctica psicoanalítica en una experiencia unidimensional, consistente en una escucha atenta únicamente al discurso hablado, podemos hacer del lugar del analista una mera función de escandir y puntuar maquinalmente. En el afán de desplegar de forma más amplia esta idea, sugerimos acudir a un momento en que la máquina hace su entrada en el seminario de Lacan, en particular, en la sesión del 19 de enero de 1955, cuando introduce el registro simbólico como aquello que mejor le permite ilustrar el funcionamiento del automatismo de repetición:

Llego así al modelo ante el cual quiero dejarlos hoy, de modo que puedan vislumbrar qué quiere decir en el hombre la necesidad de repetición. Todo está en la intrusión del registro simbólico (Lacan 1995, p. 138).

Es curioso que Lacan utilice la palabra “intrusión” para referirse a la acción del registro simbólico. Por principio de cuentas, da la idea de algo que viene a meterse donde no le han llamado, y en efecto, esto es lo que caracteriza a la presencia del lenguaje para el ser humano: sin saber cómo ni cuando, de pronto se encuentra capturado por él. De ahí su carácter impositivo.

Ahora bien, ¿qué tipo de máquina utiliza Lacan para ejemplificar los modos en que el registro simbólico lleva a cabo su intromisión? Nada más y nada menos que la entonces recién aparecida computadora digital, a la cual se refiere como la “máquina de calcular”¹. Lo que llama su atención es el peculiar funcionamiento en ésta del mensaje:

¿Qué es un mensaje en el interior de una máquina? Es algo que procede por apertura o no apertura, como una lámpara electrónica por sí o no. Es algo articulado, del mismo orden que las oposiciones fundamentales del registro simbólico. En un momento dado, este algo que da vueltas debe, o no, entrar en el juego. Está siempre dispuesto a dar una respuesta, y a completarse en el acto mismo de responder, es decir, a dejar de funcionar como circuito aislado y giratorio y entrar en un juego general. Esto se asemeja en todo a lo que podemos concebir como la *Zwang*, la compulsión de repetición (Lacan 1995, p. 140).

Desde antes del nacimiento estamos incluidos en esa máquina y capturados en su operación; el automatismo de repetición estaría ligado estrechamente a este funcionamiento del simbólico en el cual un mensaje gira sin cesar hasta que “entra en el juego”. Y ¿cuándo se concretiza dicha entrada (o llega su destino el mensaje, utilizando la propuesta de *La carta robada*) sino cuando tiene lugar la significación? Ciertamente, ésta no puede reducirse al simple encadenamiento de un significante con otro significante, en una mera producción de discurso, sino en la aparición de cierto sentido inédito que transforma retroactivamente, es decir, que tiene un carácter *performativo*, de acto, y donde además esperamos se produzca un sujeto.

Si logramos estirar un poco más lo que aquí nos muestra Lacan, tenemos en la computadora digital la *realización* del registro simbólico, es decir, su manifestación en lo real, y lo que es más importante, *con exclusión* del imaginario. Efectivamente, no encontraremos nada en el funcionamiento primario de una computadora que nos hable de la presencia de éste último. Rápidamente viene a nuestra mente toda la presencia que las imágenes tienen en el mundo informático, incluida la realidad virtual; pero en términos reales, dichas imágenes para la máquina *no significan absolutamente nada*; ella no “ve” en ese hermoso paisaje que adorna nuestro monitor más que una matriz diferenciada de ciertos niveles de voltaje. De aquí que, necesariamente, lo que queda del ternario tras la exclusión del registro Imaginario no es más que una máquina de calcular: todo funciona en términos de *Encendido/Apagado, Sí/No, 1/0*.

Tal es la lógica binaria que comparte con cualquier organización simbólica una misma característica: ser un sistema de diferencias, dentro del cual todo elemento debe quedar en un lugar definido y en oposición a otros. Entendido de esta manera, el registro simbólico, que designaría precisamente ese lugar del lenguaje, implica también que el gran Otro que

ahí se constituye, lleva a cabo una función de *inclusión-exclusión*: si hemos de entrar en el orden del lenguaje y en su juego, habremos de ser recortados. El orden simbólico cobra su cuota, y negarnos a cubrirla se paga con la exclusión.

Con el fin de explicarnos mejor, llevemos un poco más lejos la analogía informática. Una máquina simbólica como lo es la computadora digital, no puede operar con aquello que no tiene de antemano un lugar en su organización. Se nos ocurren dos posibles desenlaces para el encuentro entre lo real y lo simbólico que ella representa:

a) al no encontrar una vía predeterminada de acceso a la organización simbólica de la computadora, cualquier evento en lo real simplemente es ignorado o rechazado: no existe en su universo simbólico ni siquiera como ausencia; otra forma de decirlo es que lo real logra encontrar representación en el sistema pero a costa de ser “recortado”, es decir, transformado, *digitalizado* (por ejemplo, a menos que cuente con un programa reconocedor de voz que digitalice sus palabras, la computadora no podrá “escucharle”).

b) lo real irrumpe y se hace un lugar en el universo simbólico de la computadora, pero ésta no está diseñada para operar con él, se convierte entonces en una *anomalía*: la máquina se estropea, o en todo caso, se detiene, se queda fijada (se “bloquea”), y debe ser reiniciada.

Estamos advertidos de lo grosera que resulta en primera instancia esta analogía, y de que debe ser elaborada más detenidamente; aún así, creemos que nos permite plantear que ante el orden simbólico que le es impuesto, el sujeto determinado se ve enfrentado ante las siguientes alternativas: asumir el recorte y acomodarse al orden establecido; enfrentar el rechazo del orden simbólico y vivir en su periferia; o intentar que se produzca desde lo real un cambio en el orden establecido, es decir, al nivel de la estructura simbólica, y que inaugure un lugar donde logre establecerse alguna representación.

Sostenemos entonces que el malestar subjetivo se juega en estas posibilidades; en particular, el automatismo de repetición da cuenta de los intentos del sujeto por encontrar o hacerse un lugar en el simbólico. Para el análisis, entonces sería la tercera opción la que generaría una demanda de análisis, es decir, cuando las otras dos se han vuelto inviables.

Llegamos aquí al punto central de nuestra argumentación; que la situación analítica esté de manera especial signada por el registro simbólico y que hablar de cierta posibilidad de cura apunte de manera importantísima a la modificación de la relación con el orden simbólico, no implica que la experiencia del análisis deba restringirse excesivamente a dicho registro y que todo aquello perteneciente (de manera especial) al

registro imaginario deba desecharse. Un analista que excluye radicalmente el orden imaginario de su práctica (en caso de que tal cosa fuese posible) mutila la relación transferencial y corre el riesgo de enfrentar al analizante con una implacable “máquina de calcular”.

Entonces y a fin de cuentas ¿qué tiene que ver toda esta reflexión con la experiencia analítica como clínica del escrito? Lo siguiente: creemos que conducirla a una lectura *letra por letra*, poniendo en primer plano la dimensión fonológica en una búsqueda por dejar fuera de ella el orden imaginario, privilegia al registro simbólico en una forma abusiva. De alguna manera, de llevar al extremo la propuesta de Allouch se deriva un intento por dejar fuera de la intervención del analista desde el registro imaginario, atendiendo literalmente al decir y no al sentido. Transliterar, en cierta forma significa hacer entrar en el orden simbólico algo que no lo está en principio (por ejemplo, un sueño o un síntoma), pero a costa de mutilarlo.

En este sentido ¿no podría acaso una computadora hacer mejor el trabajo de un analista que obrase exclusivamente de esta manera, siendo programada para el reconocimiento de voz y detectando las posibilidades de transliteración en el discurso, puntuando y escandiendo cuando éstas se presenten? Para excluir al registro imaginario del ternario, nadie puede hacerlo mejor que una máquina digital.

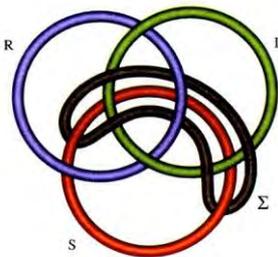
De aquí la siguiente interrogante ¿necesariamente una clínica del escrito implica dejar absolutamente fuera la dimensión imaginaria, por lo menos del lado del analista? ¿Puede realmente éste no significar lo que lee (cuando escucha), independientemente de que lo comunique o no al analizante? Si la respuesta es negativa ¿qué hace con ello? ¿Realmente se ajusta esta forma de lectura, propiciada por el apego a cierto modelo de escritura, a lo que ocurre en ese pasaje donde se busca que aparezca el deseo, es decir, en la producción de lo inconsciente? Sostenemos que no, y que se trataría más bien de tomar un modelo de escritura el cual no sea prisionero de la dimensión fonológica, y que conserve sus características imaginarias y reales junto a las simbólicas, es decir, que participen del acto mismo de la lectura, y no sean desechadas como accesorios o como cascajo. Creemos además que esta propuesta fue elaborada por el mismo Lacan a partir de concebir la escritura como anudamiento.

Pero antes, queda por preguntarnos cuál es el temor que podría invadir al analista por plantear una clínica del escrito no depurada de sus referentes imaginarios. Quizá—se trata de una conjetura— sería el mismo que perseguía a Freud de forma manifiesta y al primer Lacan de manera encubierta: la búsqueda del estatuto de ciencia para el psicoanálisis. El mismo Ginzburg señala cómo, gracias a la depuración del texto de sus elementos subjetivos, esa posibilidad se hizo efectiva para la *filología*:

Esta noción profundamente abstracta del texto explica por qué la crítica textual, aún permaneciendo ampliamente adivinatoria [conjetural], tenía en sí las posibilidades del desarrollo en sentido rigurosamente científico que habrían de madurar en el curso del siglo pasado [siglo XIX]. Con una decisión radical, ella había tomado en consideración únicamente los rasgos reproducibles (primero manualmente, luego, después de Gutenberg, mecánicamente) del texto. De ese modo, aún asumiendo como objeto casos individuales, había terminado evitando el escollo principal de las ciencias humanas: la cualidad (Ginzburg 2004, p. 87).

Esta operación de depuración del texto no hace sino eliminar buena parte de la subjetividad propia del acto de la escritura, al grado de ser posible estudiar al autor como una función (Foucault) y el lugar del analista como Sujeto supuesto Saber (Lacan): autor y analista como entes abstractos *depurados* de subjetividad. Es cierto que estas categorías eran tanto para Foucault como para Lacan, artificios conceptuales con fines de análisis y transmisión, pero nuevamente, su efecto en quienes los leen demasiado “al pie de la letra” es el convertir en “despojos” todos aquellos elementos imaginarios y reales.

Al referirse Ginzburg en la cita anterior al “escollo principal de las ciencias humanas”, nos preguntamos si no será éste también el obstáculo que un psicoanálisis demasiado impregnado de lingüística intenta sortear (cercenando a la escritura sus elementos imaginarios y sensibles), precisamente el de la incomodidad de los elementos particulares y singulares de cada escritura. Creemos que considerar esta posibilidad nos obliga a desprendernos de la aparente seguridad que otorga el orden simbólico en una experiencia que no se deja atrapar por las categorías, las definiciones y las fórmulas, por muy elaboradas que éstas sean.



Anudamiento borromeo ERSI

Así, en su seminario de los años de 1975 y 1976 Lacan aborda la obra de James Joyce intentando responder, por un lado, a la pregunta sobre cómo un determinado artificio, en este caso la escritura literaria, puede apuntar a algo del orden del síntoma; por el otro, cómo este “artesanado” es capaz de desbaratar lo que de ese síntoma se impone. Para ello, se vale —tal como lo venía haciendo desde el seminario anterior— del nudo borromeo, pero esta vez introduciendo un

importante cuarto elemento: el *sinthome*², al cual designa con letra griega Σ (sigma).

Este nuevo elemento le permite ahora replantear las distintas formas y estructuras clínicas, en tanto no se definirían por simples rupturas de los registros sino por las diversas maneras de anudarse éstos entre sí, gracias

precisamente a ese cuarto redondel, el cual no es un registro en sí mismo; su función es más bien la de dar la consistencia borromea al anudamiento RSI. De esta manera, ya no es posible, por lo menos en el ámbito de la clínica, pensar al sujeto sin el *sinthome*; se trata ahora de que los tres registros de la experiencia humana sobrepuestos entre sí, no pueden conformar esa consistencia única que representa el sujeto más que anudados por aquél.

Algo muy importante es que, como en ningún otro momento anterior en su seminario, no encontramos planteada ninguna primacía de un registro sobre los otros. De ahí que Lacan asevere que lo real adquiere su consistencia precisamente de ese agujero formado *únicamente* por el anudamiento con lo simbólico y lo imaginario:

Lo real, que efectivamente miente, no deja de incluir realmente el agujero que subsiste en él, por el hecho de que su consistencia no sea nada más que la del conjunto del nudo que forma con lo simbólico y lo imaginario (Lacan 2006, p. 38).

El sujeto estaría además representado precisamente por dicha consistencia de agujero y se sostiene de ella. Incluso, Lacan advierte que el *sinthome* no puede ser radicalmente reducido, es decir, el análisis no está ahí para eliminarlo, pues es gracias a él que los registros se mantienen anudados. Esto nos permite figurar al síntoma y su función de una manera totalmente distinta, más allá de la psicopatología y como inherente a la noción de sujeto en psicoanálisis.

Asimismo, la concepción de escritura que hasta entonces había venido sosteniendo Lacan en sus anteriores seminarios, sufre una transformación importante. Definiéndola ahora como “un hacer que da sostén al pensamiento”, la hace participar forzosamente de la tesitura del nudo borromeo; en efecto, al serle otorgada a éste la función de mostrar la consistencia de esa dimensión del pensamiento dejada fuera en el decir — el *apensamiento* que habita la *dit-mension*—se inaugura un campo nuevo para la escritura, para una que no sería un precipitado del significante:

Una escritura es, pues, un hacer que da sostén al pensamiento. A decir verdad, el nudo bo [borromeo] cambia completamente el sentido de la escritura. Confiere a dicha escritura una autonomía, tanto más notable cuanto que hay otra escritura, esa que resulta de lo que se podría llamar una precipitación del significante (Lacan 2006, p. 142).

De aquí en adelante debemos entender que *escribir* el nudo borromeo para Lacan quiere decir *hacerlo*. La escritura que se encuentra en el centro de la discusión en este momento ya no es más la que hace de soporte material del significante, es decir, la letra. El nudo escribe una consistencia, una cierta manera particular en que algo se mantiene unido. Esto apoya aquello que desde el inicio hemos venido planteando como posibilidad de

pensar un modelo de escritura que sostenga adecuadamente la práctica analítica como una clínica del escrito.

Una consecuencia de esta nueva forma de concebir la escritura como anudamiento impide dejar fuera u otorgar a cualquiera de los registros una mayor importancia o primacía sobre los otros. Si bien el encadenamiento del significante se mantiene como lo que, a fin de cuentas, produce la emergencia del sujeto, ello no implica necesariamente que la escritura deba someterse y reducirse su precipitación en lo real como letra:

El significante es lo que queda. Pero lo que se modula en la voz no tiene nada que ver con la escritura. Es en todo caso lo que demuestra perfectamente mi nudo bo, y esto cambia el sentido de la escritura. Esto muestra algo a lo que se pueden enganchar significantes. ¿Y cómo enganchamos significantes? Por medio de lo que llamo la *dit-mension* (Lacan 2006, p. 142).

La escritura que propone el nudo borromeo no proviene del significante, no es el soporte material de éste sino una forma de escritura a la que se pueden "enganchar significantes". Un argumento para sostener esta condición nos lo da Lacan al afirmar que precisamente, el *objeto a minúscula* no puede escribirse como proveniente del significante:

La escritura que propone el nudo borromeo proviene de otra parte que del significante. La *a minúscula* no se puede escribir como proveniente del significante (Lacan 2006, p. 143).

De aquí que una clínica del escrito que permite soportar dicho objeto no puede basarse en la escritura fonológica, en tanto no habría forma posible de transliteración. La escritura del *objeto a* requiere, para Lacan, necesariamente del nudo borromeo. Hay aquí un viraje en el cual abandona (por lo menos en parte) el modelo de escritura fonológica por otro elaborado a partir del nudo, el cual es virtualmente imposible desmaterializar y abstraer de sus componentes sensibles e imaginarios; esto a su vez impide proponer una clínica del escrito excesivamente lingüística y maquinal, en la que se manifestaría una supremacía del simbólico sobre los otros dos registros. Obviamente, faltará seguir elaborando aún más las consecuencias de esta idea en relación con la experiencia analítica, pero por el momento, habremos de dejar hasta aquí.

Bibliografía

- Allouch, J. (1993), *Letra por letra*, 1ª Edición, México D.F.: Edelp.
Ginzburg, C. (2004), *Tentativas*, 1ª Edición, Rosario, Argentina: Prohistoria Ediciones.

Lacan, J. (1995), *Seminario 2. El Yo en la teoría de Freud y la técnica psicoanalítica*, 1ª Edición, Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2006), *Seminario 23. Le sinthome*, 1ª Edición, Buenos Aires: Paidós.

Todorov, T.; Ducrot. O. (2003), *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, 22ª Edición, México D.F.: Siglo XXI.

Notas:

¹ Recordemos que el 15 de febrero de 1946 recién se había presentado la primera computadora digital (ENIAC) según el modelo de John von Newmann y no se tenía la menor idea de lo que estaba por venir. Es por ello notable que a Lacan no le pase desapercibido el suceso.

² Neologismo lacaniano que refleja la homofonía con *symptôme* (síntoma) y *saint homme* (santo hombre).